

Historia

LOS PAPAS

Y LA

CULTURA

Falsa acusación.-

Entre las acusaciones que se formulan contra el Cristianismo, figura una que tomó carta de ciudadanía en la llamada época de la Ilustración.

Se afirma enfáticamente que Religión y vida, Religión y Cultura, son factores irreconciliables.

Quienes tal acusación formulan, tienen de la Religión una idea estrecha y mezquina. Para ellos, la Religión es un íntimo impulso hacia el más allá; un culto silencioso que el hombre tributa a la divinidad en las reconditeces profundas

de su propio yo; un secreto personal; un diálogo, sin testigos, entre la criatura y el Creador. Y nada más.

La Religión, según ellos, debe quedar aprisionada en las lobregueces de una sacristía; divorciada de la vida y de la cultura; sin repercusiones sociales. Y el creyente, también para ellos, es un ser lacio y desmayado ante las cálidas realidades de la vida; desinteresado por el triunfo de la cultura; insensible ante el mundo del color, el sonido, la forma esplendorosa.

La objeción se formula categóricamente: entre la Religión y la Cultura no hay punto de enlace. La Religión persigue un más allá etéreo; la cultura despliega sus alas en el cálido ambiente del tiempo; la Religión se mueve en la zona de lo impalpable; la cultura, en la esfera de lo sensible. ¿Cómo conciliar ambas realidades? Quédece, pues, enhorabuena, la Religión en la vaporosa región de sus creencias; no invada la vida; no informe el arte; no cultive la ciencia.

¿Será todo esto cierto? ¿Será verdad que al cristianismo están vedados los predios del arte? ¿Será verdad que el cristiano para poder internarse en las ciencias, debe primeramente desposeerse de sus creencias, como quien arranca de sí una máscara ficticia y anticuada? ¿Son incompatibles fe y razón? Y ¿es el cristiano ese ser estoico que contempla despreocupado el fluir de los valores de la vida desde la intocable atalaya de sus creencias eternas?

Nada más contrario al verdadero concepto cristiano de la vida. "Nada de lo

y músicos, pintores y escritores, en una interminable repetición que llegase como a estereotiparse en las mentes de los millones de sus acobardados y embrutecidos súbditos. El pico más alto de las montañas rusas lleva su nombre; lo mismo unos quince pueblos y ciudades, así como innumerables fábricas y calles. Un nuevo metal lleva también su nombre y una nueva especie de orquidea. La colección de sus obras completas se imprimían en series de millones. Y los niños de las escuelas, al llegar a sus pupitres cada mañana, lo primero que tenían que hacer era decir: "Gracias, Camarada Stalin, por esta vida feliz".

Concluyamos: pidiendo por el descanso de su alma, como fué desde el primer momento la cristiana consigna iniciada por nuestro guía universal del Vaticano. Y oremos con tanta mayor caridad cuanto el que ha fallecido fué —en palabras extraoficiales procedentes del mismo Vaticano—: "uno de los más grandes perseguidores de la Iglesia Católica, y en general de toda religión, desde el nacimiento de Cristo. Llegó el final de su árida vida y ha tenido que rendir a Dios Todopoderoso cuenta de todos sus actos. Uno no puede sentir por él otra cosa sino una profunda conmiseración."

P. P. B.

humano puede serme ajeno”, cantaba el poeta; gozosa afirmación que recoge y hace suya el cristiano. Porque el cristiano no es el forastero, el huésped de un día, cuya mirada resbala indiferente sobre la opaca superficie de las cosas.

Para el cristiano, la vida es algo familiar y precioso; no una postura negativa. Es un trozo sangrante de su ser; no una fría abstracción razonadora. Es, finalmente, una “integración”.

Integración del cuerpo y el espíritu; del ayer y el mañana; de lo fluyente y lo perdurable; de las humildes realidades de cada día y de los valores macizos de la divinidad.

Por eso, lejos de negar su valor al tiempo, lo transforma y sublima; lejos de destruir, construye; lejos de retroceder, se sumerge en las entrañas mismas de la cultura, llevando hasta ella el haz luminoso de sus creencias.

El ideal supremo del cristianismo es realizar esa integración, o, por decirlo en frase de San Pablo, esa recapitulación de todas las cosas en Cristo. Quien recapitula, transforma y sublima. Un mundo nuevo: el mundo visto a través del Verbo encarnado; una cultura nueva: la cultura impregnada de los esplendores de la Encarnación: hé ahí la cultura cristiana.

Perfecto cristiano y hombre perfecto; cristiano y ciudadano: hé ahí el ideal pregonado por el cristianismo. Llegar a esa meta constituye el objetivo de la educación cristiana; alcanzar esa meta, ha sido el pregón lanzado por los Romanos Pontífices a través de todos los tiempos.

Baste recordar las palabras de Pío XI, quien de propósito refuta la acusación de que la Religión está divorciada de la Cultura:

“Tal meta y término de la educación cristiana parece a los profanos una abstracción, o más bien, como una cosa irrealizable, sin arrancar o menoscabar las facultades naturales y sin renunciar a las obras de la vida terrena: por tanto, ajena a la vida social y, a la prosperidad temporal, contraria a todo progreso en las letras, en las ciencias, en las artes y en toda obra de civilización. A semejante objeción, formulada por la ignorancia y el prejuicio de otros tiempos — repetida, desgraciadamente, con más frecuencia e insistencia en los tiempos modernos— había ya respondido Tertuliano: “No vivimos fuera de este mundo. . .”

El Papa confirma, con el ejemplo vi-

viente de la Civilización cristiana, la posibilidad de una fusión armónica entre los valores sobrenaturales de la Religión y los valores naturales de la Cultura:

“Lo dicho se ve claro en toda la historia del Cristianismo y de sus instituciones, la cual se identifica con la historia de la verdadera civilización y del genuino progreso hasta nuestros días. . .” (Divini Illius Magistri).

Esta Civilización cristiana es precisamente la cultura y civilización del mundo occidental.

En la formación de este mundo cultural fué decisiva la influencia de los Papas, a través de todos los siglos. Ellos fueron paladines de la Cultura, dando normas, abriendo derroteros, estimulando a los católicos a una eficaz labor civilizadora; ellos fundaron instituciones expresamente destinadas al cultivo de las ciencias y las artes; ellos fueron los mecenas por excelencia de grandes genios de la humanidad.

Inútil pretender describir, en breves líneas, la formidable contribución del pontificado romano a la cultura occidental cristiana. Me limitaré a citar algunos aspectos de los últimos siglos. Y dentro de la Cultura, imposible abarcar todo el ámbito que esta palabra encierra: me ceñiré a dos de las esferas típicas de la Cultura: la Ciencia y el Arte.

El camino de la ciencia.-

“Mucha ciencia lleva Dios; poca ciencia aparta de Dios” se ha dicho. El saber humano es participación del saber divino. Es un reflejo de la Segunda Persona: Verbo eterno, Sabiduría personal. La ciencia, saber sistematizado, lleva a Dios, glorifica a Dios. Ella desentraña los misterios del gran libro de la naturaleza: ciencias profanas, y del gran libro de la Revelación: ciencias sagradas. Los Papas han reconocido siempre en la ciencia un regio camino para ir a Dios. No sólo no la han rehuído o temido: la han fomentado, brindándole espléndido mecenazgo.

Ellos han afirmado rotundamente la necesidad de fomentar la ciencia y de conciliarla con la revelación. En el sentir de los Papas, fe y razón, revelación y ciencia son dos rayos emanados del mismo foco eterno de la divinidad, dos hijas del mismo Padre.

Citemos algunos testimonios de los últimos Papas, los cuales revelan su posición ante la ciencia:

TESTIMONIO DE LOS PAPAS.- Los

Papas fueron los primeros en reconocer y afirmar explícitamente la necesidad de unir en una sola síntesis armoniosa, la fe y la razón.

Pío IX afirma que es necesario existan sabios en el seno de la Iglesia, porque la verdadera ciencia lleva a la fe. En su encíclica "Qui pluribus", de 9 de Noviembre de 1846, exhorta a todos los fieles a que refuten las falsas doctrinas que pretenden que los misterios de la religión son invención de los hombres o que la doctrina de la Iglesia se opone al bien de la sociedad o la fe santa de Cristo sea incompatible con la razón. Y los anima, por el contrario, a demostrar "que existen pruebas irrefutables y brillantes para convencer a la razón humana sobre la divinidad de la religión de Cristo."

León XIII establece el concepto de verdadera civilización (carta pastoral de 6 de Febrero de 1877). Para él, sólo merece el nombre de verdadera civilización aquella en la cual el hombre se perfecciona desde el triple punto de vista del bienestar físico, de las instituciones sociales y del progreso moral; bajo estos aspectos, la civilización es una planta cuyos frutos no pueden plenamente desarrollarse y madurar sino en una sociedad vivificada por el espíritu de Jesucristo. El mismo Papa reconoce en su encíclica sobre la filosofía, la necesidad de recurrir a la ciencia humana para llevar a los hombres a la fe y la salvación. Y con ocasión de los Congresos científicos Internacionales de los Católicos, se expresa en la forma siguiente: "Vuestra empresa puede resultar no menos fecunda en sólidos resultados para el honor de las ciencias que para la defensa de la fe. La celebración de estos congresos resulta hoy más apropiado que en ninguna época anterior."

Ni es menos explícito el Papa respecto del influjo ejercido por las bellas letras: el 8 de setiembre de 1899 escribía: "manténgase a las bellas letras en el rango de honor que les corresponde; propio es de ellas desarrollar en las almas de los jóvenes todos los gérmenes de la vida intelectual y moral, al mismo tiempo que contribuye a comunicar generosa amplitud y certeza al juicio, elegancia y distinción al lenguaje."

Pío X se empeña con noble esfuerzo por restablecer todas las cosas en Cristo y por forjar la armonía entre la razón y la fe. El 10 de Marzo de 1909 se dirige a jóvenes estudiantes del congreso universitario de Roma; los felicita efusivamente por estar consagrados al estudio "con el objeto de alcanzar la verdadera cien-

cia". El Papa se congratula al verlos reconocer la necesidad de unir en una santa alianza a estas "dos hijas de un mismo Padre", la razón y la fe, por las cuales todos vivimos"; porque son "dos astros que brillan en el cielo de nuestra alma, dos alas que nos elevan al conocimiento de la verdad total". Y añade: "¿Cómo es posible que se haya dicho que la Iglesia oficial quiere la ignorancia? No, no mis queridos jóvenes, la Iglesia siempre ha honrado a los escritores de todos los tiempos que han compuesto y publicado obras para difundir la verdad". La ciencia debe servir para defender a la Iglesia; y no se crea que el Papa se refiere únicamente a las ciencias sagradas; el 22 de Febrero de 1905, escribiendo a Mons. Péchenard expresa su deseo de que los profesores del Instituto Católico de París sean muy versados en las ciencias filosóficas, jurídicas naturales y literarias; que sin olvidar los principios antiguos no descuiden la incorporación de los datos de la ciencia comprobada como verdadera".

El mismo Papa desea que el Colegio de Friburgo "siga abierto a todos los legítimos desarrollos de la civilización actual" (carta de 18 de Abril de 1906). Celebra que el Instituto Católico de Lille multiplique sus cátedras en la facultad de medicina (4 de Enero de 1913); que el de Toulouse haya fundado una escuela de agricultura (15 de Agosto de 1913); y que el Instituto Católico de París se haya anexionado una cátedra de ciencias económicas y sociales (8 de Octubre de 1913).

Benedicto XV en medio de las angustias de la guerra, el Papa se preocupa por impulsar las ciencias profanas. El 30 de Noviembre de 1919 escribe: "Nosotros no podríamos seguir la opinión de aquellos que pretenden que para predicar a Cristo a los pueblos poco civilizados no haga falta un gran bagaje de conocimientos. Si carece de cultura intelectual, el misionero se privaría de uno de los más preciosos recursos para su ministerio. Y ¿qué vergüenza no sería, en un país que rinde culto a los valores del pensamiento, el comprobar que los ministros del error superaran a los ministros de la verdad?"

A Pío XI conocido en el mundo científico como gran erudito, tocó pasar de la biblioteca ambrosiana y vaticana a la Silla Pontificia. En más de cien trabajos, artículos y memorias, condensó el fruto precioso de su sólida erudición. Apasionado por las ciencias, ni las grandes preo-

cupaciones de la guerra ni las urgentes exigencias del problema misional, le impidieron el intenso cultivo de las ciencias. Insiste con particular preocupación en la necesidad de las ciencias para clérigos y religiosos. El 26 de Enero de 1923, con ocasión del tercer centenario de San Francisco de Sales, pone de relieve en el Santo Doctor. "la abundancia de su doctrina y su habilidad para agrupar los argumentos como en campo de batalla; su estilo tan elegante que los ministros hereéticos acostumbraban prevenir a sus fieles contra los encantos cautivadores del misionero de Ginebra".

En la Encíclica "Deus Scienciarum Dominus", Pío XI revela su preocupación por dar a las ciencias eclesiásticas y profanas el lugar que les corresponde en la formación de los aspirantes al sacerdocio. Reafirma las grandes directrices de los Pontífices precedentes, quienes consideraron siempre la filosofía aristotélico-tomista como la base indispensable donde debía levantarse el edificio de la teología.

Pío XII en infinitas ocasiones ha exhortado vivamente a los científicos católicos a cultivar la ciencia. Baste citar dos o tres casos. Al dirigirse a los médicos que participaron en el Cuarto Congreso Internacional de Médicos Católicos reunidos en Roma en setiembre de 1949, describe la actitud psicológica del médico católico de nuestros días:

"Ciertamente se regocija corajalmente de los inmensos progresos que han sido realizados, de los resultados que han sido obtenidos por sus predecesores, y que hoy día continúan sus propios colegas, con los cuales se solidariza en continuar una magnífica tradición, legítimamente orgulloso de la parte con que él mismo contribuye. Sin embargo, jamás se considera satisfecho: él ve siempre, delante de sí, nuevas etapas por recorrer, nuevos avances que cumplir. Y en ello él trabaja con pasión, como médico, del todo consagrado a procurar el alivio de la humanidad y de cada uno de los hombres; como sabio, para quien los descubrimientos, en su mutuo sucederse, lo colman con el "gozo de conocer"; como creyente, como cristiano, el cual, en los esplendores que descubre, en los ilimitados horizontes que se descorren a su vista, sabe ver la grandeza y el poder del Creador, la bondad inagotable del Padre, quien, después de haber dado al organismo viviente tantos recursos para desarrollarse, defenderse y cu-

rarse espontáneamente en la mayor parte de los casos, le hace encontrar, además, en la naturaleza inerte o viviente, mineral, vegetal, animal, los remedios para los males corporales".

(A. A. Sedis, XLI, p. 558).

A los Juristas de la Unión de Jurisconsultos Católicos de Italia, quienes celebraron un Congreso en Roma en noviembre de 1949, Pío XII recalca expresamente la necesidad de unir la ciencia jurídica con la fe:

"Fué en Roma, y en el mundo ya fermentado por su cultura, donde las dos realidades más vitales. . . el derecho y la fe. . . se encontraron y se fundieron con íntima trabazón, gracias a la cual el derecho de Roma, penetrado por la nueva luz que emanaba del mensaje cristiano, se transformó gradualmente en su espíritu, se elevó en sus concepciones, se perfeccionó en muchas de sus instituciones, se enriqueció en sus disposiciones, acogiendo progresivamente los principios, las ideas, las exigencias superiores de la nueva doctrina. La obra legisladora de los Emperadores cristianos nació de este fecundo connubio de ciencia humana y de sabiduría divina, del cual perduran huellas indelebles que demuestran al mundo moderno cómo entre la verdadera ciencia jurídica y la enseñanza cristiana no existe oposición, sino armonía, porque la fe no puede menos de sellar con su cuño la verdad que la mente humana descubre, considera y ordena".

(Act. A. Sedis, XLI).

En el movimiento científico internacional, la Santa Sede está siempre presente.

A través de la Sagrada Congregación de Seminarios y Universidades de Estudios, ella coordina la labor de los institutos católicos: más de setenta Universidades, Seminarios, Academias, Colegios y escuelas.

La Santa Sede sigue al día los progresos de la ciencia. Su influjo se deja sentir en organizaciones internacionales de cultura, en las publicaciones científicas. Sus normas y directivas no sólo mantienen la ortodoxia, sino que abren nuevos derroteros en la investigación. Pío XII, por ejemplo, en la Encíclica Divino afflante Spiritu, recomienda encarecidamente a los profesores de Sagrada Escritura la más amplia erudición en ciencias profanas -lenguas orientales, geografía humana de antiguas civilizaciones, etc.— para

abordar en forma cada vez más científica el estudio de la Escritura.

En resumen: los Papas han afirmado la necesidad de hermanar la razón y la fe, la revelación y la cultura; ellos han promovido iniciativas de alto valor científico; ellos coordinan la investigación científica de los católicos en el mundo; ellos han brindado espléndido mecenazgo a sabios e investigadores.

Iniciativas pontificias.-

No se han contentado los Romanos Pontífices con impartir normas y estimular iniciativas. Ellos, personalmente, han emprendido, bajo el directo patronazgo pontificio, una serie de realizaciones científicas.

Al progreso de las Ciencias históricas contribuyeron eficazmente con la apertura de los **ARCHIVOS VATICANOS**, fabulosamente ricos en documentos. Recuérdese que sólo la **SECRETARIA DE ESTADO** posee un Archivo de 6.060 volúmenes de documentos. Al lado de los Archivos Vaticanos funciona una Escuela de Paleografía. La Biblioteca Vaticana, inmenso tesoro de erudición humana, representa un notable aporte cultural de los Papas.

Una corriente de entusiasmo sacudió la Ciudad Eterna cuando se puso de manifiesto la existencia de una vetusta Roma subterránea. El eco de los primeros siglos, venía a confirmar, en forma contundente, la fe cristiana y daba testimonio que la Iglesia de hoy es la misma que la Iglesia de los primeros siglos. Grandes esperanzas cifró Pío IX en la **ARQUEOLOGÍA SAGRADA**. En 1925 funda Pío XI un Instituto Pontificio de Arqueología Sagrada.

Pero no solamente hacia las lejanías del pasado histórico; también hacia las misteriosas reconditeces del espacio, el mundo de los astros, se han sentido atraídos los Romanos Pontífices. Ese mundo, donde las distancias se miden por años de luz y cuyas fronteras conocidas rebasan los cuatrocientos millones. Ese mundo, augusto espejo de la grandeza de Dios:

"Los Cielos proclaman la gloria de Dios Y el firmamento delata la obra de sus manos".

Un espacio de ese firmamento, el com-

prendido entre los 55 y 64 grados del hemisferio boreal, corresponde a la observación y estudio de un instituto pontificio: La Specola Vaticana, espléndido Observatorio Astronómico, cuyas investigaciones científicas han sido tan celebradas. Diez volúmenes están en curso de publicación con 28.000 fotografías. La **Astronomía** es hija predilecta de la Iglesia.

No quiero referirme a la prodigiosa actividad de los Romanos Pontífices para promover el estudio de las Ciencias Sagradas. Baste recordar la Encíclica *Deus Scientiarum Dominus* de Pío XI, y *Divino afflante Spiritu*, de Pío XII. Baste mencionar los nombres de la Universidad Gregoriana, de los Institutos Bíblico, Oriental; del Ateneo Lateranense; del *Angelicum* y tantos otros que gozan de amplio apoyo pontificio. En este aspecto, aun los adversarios del pontificado, reconocen la brillante contribución de los Papas.

Eficaz influjo en el desarrollo de las ciencias han tenido las **Academias Pontificias** de Filosofía, y tantas otras obras. La Imprenta Vaticana, enclavada en el corazón de la ciudad pontificia, es un poderoso órgano de divulgación cultural. **A través del mundo católico.-**

Si partimos de Roma y nos internamos a contemplar la actividad científica de los católicos, nos será fácil comprobar de nuevo esta verdad: la Fe, lejos de ser un obstáculo para la Cultura, es su más valiosa propulsora.

Imposible describir, en breves rasgos, la fecunda actividad científica de los católicos en el mundo; sus Universidades, Academias y Colegios; sus incontables publicaciones científicas; su labor investigadora. Pasan de setenta las Universidades católicas en el mundo!

Fruto de esta concepción romana y pontificia de la vida, ha sido que siempre pulularan, en el seno de la Iglesia y a través de las más diversas latitudes, grandes sabios, para quienes la fe y la razón son dos escalas paralelas para subir a Dios.

Los límites de un artículo no nos permiten recoger estos nombres, gloria y timbre de la cultura católica, elocuente testimonio de la fe y de la ciencia sublimada por el hábito fecundo del Cristianismo.

En próximo artículo trataremos del segundo aspecto: los Papas y las Artes.

CARLOS GUILLERMO PLAZA, S. J.